

Virginia, la Woolf

Carmen Váscones

La vergüenza siempre está virgen, los que la violan, la matan
Juan Montalvo

Alabado sea el cielo por no tener que hacer poesía martirizando esta prosa.
Es suficiente este lenguaje íntimo
Virginia Woolf

Cogí mi mente, mi ser, el viejo objeto derrotado,
casi inanimado, y lo hice restallar entre estos restos
Virginia Woolf

Virginia camina. Esta vez no se detiene, va pensando como que no. Pausa, respira intenso, exhala, coge fuerza. «Nada que hacer», se contesta. El espejo le da la espalda. Ni siquiera son fragmentos de identidades en el cuerpo que era un todo desigual, apenas de ella. No le interesa conservar. Algo la impulsa a rematarse como una ola. El río acorta como línea recta al círculo enroscándola al molino del caos sin gota de fe.

La fantasma anónima es un delirio de y por y para nada. Eso sí, mi piensa es mía. La diaria rutina cava en la hoja vacía. Pulcritud de sepulcros.

Se despertó tocando cada parte que se desprendía del recuerdo. Rompe el borrador de la sombra antes que pegue el día. Despertar no es ficción, desclava los ojos de la medusa en el corazón silencioso. Sus formas bailan sin ninguna idea ni clara ni oscura, desenrosca el silabario tartamudeando en el globo ocular. Resumir no es asumir ni sumirte en la suma de la masa atrincherada en el relato latoso de la guerra que es el mismo espanto, la cuerda floja de toda ideología.

Antipático yo apoltronado en la habitación vacía como moneda perdida, nada es propio, exprópiate, *continúa viviendo*, sin pena, cámbiate, desapégate, no te pegues al *retazo*. Mi cuerpo inadecuado carece de método. Su deseo engulle al vacío. La sensación en la boca del estómago le arde como centinela punzando y alargando el temor al supuesto enemigo.

Se pregunta si esto que ha vivido encaja en la soledad de la muerte. Desaconseja a la vida, respiración acelera, desacelera como conclusión diaria, aún estás, aquí, allá, la escritura toma distancia de la memoria encerrada. Arroja la verdad o la empuña en la piedra para salpicar con ella...

Ordinario deseo me acontece (dejo de pensar que soy, para que más quién es esa que me mira en el retro, peligra la memoria si desbandas a la imaginaria). *Sabes demasiado de mí*. El título de la culpa no solo es la raza y ese enjambre de antagonista, y esa pizca de *inhumano amor*, hay que desafiarlo para no ser la inútil en las amarras patriarcal. Aventúrate a vivírte, a saberte, a descubrirte en tu propio sabor, la pasión de tu deseo que no te abandona, aunque te apunta...

Emancípate de la montonera sumergiéndote, resurgiste de la hiedra y las algas de la huérfana palabra como eso de *Pedro Páramo*: hablar desde los muertos, la difunta presencia sin duelo, pesar menos, no ser la lápida de la memoria filial, ni el cuento de los otros, que relatan y desdican tanto de ti, no tienen idea quién soy. Me conozco al pie del silencio. Aprendí a escucharme para no desdecirme. Solo que es inaguantable sobrepasarse. La vigilia de la hora de agua, contracorriente, ola tras ola, el faro como una alucinación para la eterna noche de la página en blanco...

El gatillo dentro de la palabra, afuera la silencio, rodea la cordura como serpiente mordiéndote, ¡ay! el veneno la vigilia y el sueño remordidos en el comensal del qué vamos a preparar hoy. Anticipas las coces del ser en la duda desarropándote de toda contemplación mundana. La belleza puede ser una opresión si te descargan la persecución de la mirada como clavos a enterrarte. Esconder el martillo debajo de los libros de papá, solo que pasa encerrado en su saber y la mamá escapando a la ayuda «humanitaria», todos expuestos por defectuoso compás del desaliento y puesto del que te tocó nacer, vivir es una experiencia, otra los papeleos, ¡ah! documentar, y no olvidarse de uno o sí, a veces, no pensar nada, cero de chispa poética. Amasa prosudamente la masa madre, pon en el horno al animal que se sacrificó hoy para la cena...

Sobre la mesa el ritual de las horas...

Apenas comió. Sintió el nacer como el ocaso del sol abrazándose a la luna. La embriaga la no respuesta. Pretérito de ausencia el verbo incalmbable. Va de frente a la escena sin público. Sin yo, sin devoción auscultar, comprueba que todo esté en su puesto.

Hastada de ser la incógnita del tiempo traza una sombra. El número no coincide con la letra ni con la forma. El finito con el infinito se hacen un pesgote, parece un monigote en el tanteo del lápiz en los dedos sin consistencia.

«Juego a que me dibujo y me quedo a medio hacer. No es mi fuerte».

Recogió sus escritos. Ya los había ordenado, de v a la w, y de a la z deja para otros que no supone. Se le escapa la infancia como zumbido y aleteo de insecto en las manos de curiosos, experimentando el saber y el gozo de otras mortandades. Todo sea por la maldita crueldad que hay que sacarla de alguna parte.

Terminó con la paciencia. Se encaramó en la intimidad, escarbó en la sensualidad, escogió un instante, no lo escribió en su diario, para que el mundo elucubre sobre su feminidad borroneada en la partida de un nombre.

Se recogió el cabello con un lápiz. Expió al cuerpo amante de la imaginación, compañera de ella misma en perpetuo monólogo. Sonrió. Se dijo para sí burlonamente: «Cuerpo compañero». Argumento detalle innegable, moratoria de voces interrumpidas.

Placer inconcluso. El texto no soy yo. Sitúate. ¿Para qué?

La imprenta. Panfleto. Volante. Primera Guerra Mundial. Limpiar cada letra, ponerla en su orden. Opera a mano. Dale que dale, día y noche. Aviones y sombras enemigas. Turno por turno. Silencio. Acontecimientos de archivos. La historia, la política, y el diario revivir. Ejercer la recomposición, composición, posición. Zonas comprometidas, zonas invadidas, zonas marcadas, zonas arrebatadas, zonas chamuscadas. Afuereños afuera. Adentro y afuera es peligroso. Hacer paquetes, empaquetar. Empacar. Correo. Sello postal. Destinatario. Quién envía. Remitente. Entrega. Espera de recibido.

No olvidar nunca lo que te voy a decir: «No me pidas lo imposible». «Depurar no solo los errores de composición sino cualquier asomo de mediocridad, implícito en los errores». Nada de basura ni de embadurnar con rellenos. ¿Por qué te quieres parecer a mí? ¿Ya no me dejen sin mis datos? La que soy no

es la que cuentas, descuéntame, ponme en débito debidamente, sé tú mismo sin pretexto mío. Rájate en tu escritura como hice lo propio. No finjas ser.

La historia de la vida, los episodios del sonido, los sentidos, la habitación del cuerpo, el espacio de la memoria, la dicha, no dicha lo no dicho en la barra y borrador de la memoria, en la imprenta de la escritura y su impresión.

En la constitución de la palabra que me compone y descompone mas acá-mas allá-aquí-sin ahora-con hora, sin tiempo.

A falta de la falta anticipas, representas, escenificas, fallas, creas, repites, sintomatizas, excluyes, incluyes, la excepción en la regla, el acápite, el código, morfoseamos, morboseamos, mortandamos, merodeamos monstruosamente la letra que nos come o la suprimimos sin explicación, su enlace, su composición.

Delite en el delito delator. Delinquimos con aparente inocencia, deleitar, pretexto de que no sabemos lo que hacemos, somos despiadados con nuestros banales podercillos en el puestito ganado con sudor, votos, botamos serruchando el piso, o como si fuera una basura hacemos del otro un desecho... Ojo con la soberanía del desprecio, quién reclusa lo dicho, y se plantea otra forma de vida sin discursitos y sin espejos desafiando a Dios, y al dado del cálculo.

Cada mundo se acaba con uno.

Otra cosa es la «devastación psíquica», como me dijo el doctor Brausntein. Que el cerebro no se haga una bomba que estalle por la nada. A enchufar la palabra en la ética: una verdad sin cremación, sin exterminio, sin desaparecidos, sin... «Dilo tú».

Luego en el campo del orden, el tarjetero, la lista de asistencia, la escritura sin alteración o fallas con faltas ortográficas, memorias en descomposición, ausencias de tildes por escribir en una computadora que desconoce el idioma, y no tiene en el teclado la tecla para tizar la ley o regla gramatical... «No excuses con tus capaz...»

La lectura me tacha, me hace un llamado de atención.

Yo la escritora no soy la lectora a pesar de que me leo in fraganti, después corrijo esto expuesto en

público, hago un guiño al bloguero, mi ignorancia y conocimiento me someten, me impugnan, me empuñan, me empujan, me levantan una protesta, me señalan como bestia iletrada, descalificada para ser profesora del idioma español, que ni se me ocurra.

Con el filo del amor hago un corte, corto el amor a la sabiduría... El horror de saber, el dolor de corregir, el placer de no morir en mi psique, el poblar la ausencia sin querer recuperar nada. Que mi cuerpo no me someta a mi propia vida, peor aun la vanagloria de la sapiencia. Eras, era, eres.

(Recuperaré la primera respuesta y la incorporaré. Caigo en cuenta de la falta, mientras; a esta pregunta la respondo hoy; importa la fecha para el inconsciente. Alguien está ausente en este pensar, estará presente cuando lo lea, lo corrijo cuando llegue a playas, mientras que el texto dé qué decir. «Sobre todo, el pensamiento es una cuestión constante y continua..., espero haber resuelto por un momento el tumulto de la inquietud, la angustia de existir en este capital devastador consume el alba de la posible razón, la inflación hasta en el deseante, cuánto cuesta la consulta, anota, contable, enumera los gastos dados y por venir, saca cuenta...». Descuadre.

«Los actos violentos no cambian nada». Y sin embargo son los mecanismos y el plan para los exterminios, para las masacres, para las guerras, para el control diario de la libertad del uno frente al otro. Cuál es el límite sano...

Los pasadizos del vacío: los muertos no salieron del mundo de mis padres. Sus sombras se besan en dos bocas reales después irreales, largo rato, la alucinación acampa en la sombra de Hamlet, el espectro oprime al sucesor, la realización de todos los deseos es la muerte, se aflige la razón, el desconuelo se precipita la soledad del sol como un rayo sin espacio.

Duelo: tristeza destronada. Inexistente encarnación, asfixia la reina en su pecho. Su obsesión. Un odio criminal crece en el yo sin límites. Venga, vengarse, irse, sé, no lo sé. Ser para no ser. Ser o no ser: ni el padre, ni el tío, ni él. La que lo amantó bebe el vino amargo del oráculo. Se desbo-

rona sensación del sentir. «Ofelia se ha ahogado en el río». Hay que enterrar a todos y dar funeral real a quien toca.

La superficie del pasado con el presente: deja sin espacio al movimiento; un almanaque despedazado, el mapa filial. Un bloque de hielo se derrite en la chimenea del fantasma. El delantal y los rezos de mamá, no es mi autorretrato, no soy su fiel copia, una rival dentro de mí, desaparezco, aparece, aparezco, pareciera. No le doy puesto, allá ella con su credo. Yo con mi mente, darme cuerda para no recordarla, tan sumisa y mandona como la manecilla del reloj para sitiar la rutina, ¡que se pare el reloj! Media hora antes media hora después como una devota hace la lista, manda a comprar, se va a misa, ayuda a los demás, quiere salvar lo que no pudo, parece una enfermera de los corazones ajenos, tan lejos su cercanía. No se da cuenta que el peligro ronda en la casa.

Taja tajantemente, tajada de sentimiento, agri-dulce, salobre, fúnebre, sin retribución la pasión descolorida. ¡Papá!, ¿dónde estás? Toco o no toco la puerta de la biblioteca. Está ahí, lo siento. Te clea, está con el canuto, lo moja, hace trazo, destroza la frase, recomienza, fluye la letra como voladera de pájaros. Parsimoniosamente va de un lado a otro en el libro que hace. Justo. Todo exacto, mi papá atento, investiga, no hay vueltas que dar. El defecto no cabe en su huella. Yo: toda peor: digitalmente sin yema de identidad. Di, no a la huella, no a la que describen, no a la que me designan, no a la que quieren que sea. Soy la autora de una mujer a cada instante.

Vacío al vacío. Vaciada de mí empiezo a ser sin borrar. Borrosamente.

La biblioteca está a mi disposición, la intriga de la imaginación me devora el tiempo. Todos los personajes en mis manos. Invito a mis hermanos a armar la obra. Soy Julieta, soy Ofelia, soy la faraona. La virgen María no es mi estilo. Mi madre cumple su papel. Ave María concebida. Aquí mis hermanos, representando al amante, no, así no, dice el guion, esto es improvisado, ámame así, así no dice Shakespeare, lo digo yo, me dice, ahora soy Oteló, ¿quién mata a la madre?, pienso. Esa es otra

representación, no pariré, así no me convierto en asesina.

Nos ha dejado con la institutriz, aprendo a preguntar. Repulsión, pulsión, presiono. Oteo lo prohibido, como una cartógrafa sin mapa armo lo devastado. Clic. Engrampo la conciencia indefinitiva, la lucidez no es asunto del placer. Coacción y coartada, el cuerpo explota. Definitivamente nada es definitivo, defínete y verás que sale.

Proyecto de la incoherencia proyecta recaída. La convulsión de la soledad. Interrumpir ininterrumpidamente. Se descompone la cabeza como una zambullida electrocutada. Sensación de epilepsia el desconectarse. «Dónde estoy». Sin contrato el tiempo. Con trato se llega. Contrato. Se choca. Contraído. Traída con fuerza. Tratamiento para nada. Obligada a vivir no quiero.

Conectar la desconexión, «Quién me ayuda».

Mi esposo me hace una crítica de mierda, severa etapa anal, eres incorregible, reflexiono compulsivamente, es un poco vulgar eso del plop, lo has escuchado en el escusado, ya lo sé, la mierda suena así, nada qué hacer, todo lo que caiga en el agua o en estado líquido hace un plop irreverente, un plop tronador, un plop estridente, un simple plop innegable. Este es un plop mortal en la imaginación.

Chapuceo la idea cómo, evacúo sin opción a nada. Excusa para que el cerebro no se haga excusado, cuerpo no es válvula de escape. Desinfecta el área, impecable ambiente, machaca flores y pone alcohol, y la deja que invada esa área...

Mientras hago conexión. Corrijo la falta innegable.

No descansa la máquina. Entra y sale el borrador. El machote. La letra salta. Salpica la tinta. Todavía no libro. Borra borraja. Borrar el error. El error me borra. Tacho para que el borrador no me borre. Dónde está el error. ¿Se nota? Ayuda señor de la gramática. Dictador de la perfecta palabra. Exagero, me burlo. Envidia, caigo en la trampa. Parezco una estampilla sellada. El libro sin falta para que no me señalen. Señalo la página, coloreo la letra, subrayo la palabra, enumero la frase. Cansa seguir la línea. Punto aparte. Me aparto. No se me aparte, aparta, cuidadosamente parta, me res-

guarda como una caligrafía que no tiene que salirse de la plana. El plano de mi cerebro se disgusta. Los hechos los desechan, irrumpen por su propia cuenta, una sobredosis necesito, demasiado para un día.

El proyector de la idea un escenario sin ocupante. La hora una ola que salta el día. Salto la hoja, ya dije eso en otro lado, no creo, creo que en la sala ya están dando de comer al editor de la escritora, imprentero también, político a rajatabla, no anda con cuentos, o es rojo o es negro, nada de aguatinas; al otro lado estoy yo, sí, yo, repito, pito, pito colorito este pescadito huele a pescado frito. Las voces quieren algo de mí. La letra tipo, tipazo la tipa que tipea. Tipeame, apéame. Apúrate, se le está acabando la tinta a la imagen. Me impregno de impresiones. Me tripea las tripas de tanto vacío. Voy de puntilla, hago fugas de puntillismo como los puntos suspensivos. Obra el laberinto de chillidos de sirenas, Ulises no me escucha, rompo el telar de Penélope antes que lo descosa.

Descosida la espera: el tiempo chorrea cruces de incoherencia. Prisionera las vocales rastrillan dos sonidos diferentes. Efectos y afectos. Efectivamente. Tierra y carne. Apunte y fuego. Sepultura, tierra cosechada. En la boca pasa la palabra y la comida. Cabeza hueca, boca hueca. Palabra sin chance. Siesta, digestión, evacuación, evacuar la vida y los sueños. Interrumpir. Comenzar. Heces putrefactas, cosecha podrida, letra desollada. Tierra removida, cadáver, fruto, sepultura, diario insepulto. Sembrar, seguir escribiendo. Voces y sirenas apagadas.

1941. Se destapa la cloaca del tirano.

Dijo la voz «Me tienes harta». La campana sonó como sueño colgado. El niño no respira. Cuento breve. Para qué más. Demás, ya no. Ahora te toca a ti.

Puntualmente el eco me está comiendo viva. Ya voy, ya voy. Llamado a la realidad. La máquina descansa, la mente en sala de emergencia, la editorial lista, yo casi nunca, me publica, mujer pública, señalada como la de la letra escarlata. Último llamado. A comer. Después pasear, mirar el jardín, alguien cortó unas rosas, se ven los cuellos verdes desolados, las espinas están listas, ojalá se hinque

el ladrón de las flores, sospecho que no es masculino, ah, ya di, es femenino, las vi pintadas dentro de un bodegón con unos muñecos con expresiones de frutas destripadas. Que no pase nada, que se me vaya la idea, ¿fue mía? Espero que no. Espero que sí. ¡Espérate! ¡Ya me acordé! Conflicto, planteamiento, accidente sin desarrollo, arrollo, arroyo, arorro yo.

Me desespera este descontrol controlador. En qué iba, ah, estoy corrigiendo, omito el equívoco para equivocarme intencionalmente sin esquivarme, desenmascaro el error, atraco de atracón, lapsus, dirá el viejo Freud, tiene unas cejas tebanas, a Edipo lo tiene entre cejo y cejo. La ley del incesto es color sangre viva. Te apresé error, calibre el libro para que no se descalibre mi lector. Le pongo candado al alfabeto, abro la llave, la liberación sin promiscuidad. El incesto un caos como electricista cuando mezcla el positivo con el negativo, y electrocuta la función de la luz o queda cargado de la descarga y colgando en clave. Mandan a cadena perpetua el acto que priva. El depravado dice que fue privado de la alegría. «¿Quién pone electrochoque?». Que se electrocute, qué es esto. Un hombre somete a una mujer a la descarga del incesto. Ya lo sentenciaron. Ahora ella tiene que saber quién es.

Esa voz no la conozco. No está en cabeza. He venido del mar y no de la boca de los hombres que engendraron mis hijos con la brutalidad de sus gestos. Han enterrado mi presencia, no sé quién soy. Regreso a la ternura de la ola.

La indecente decencia descende. Enciende el tabú. Incienso para aromar lo prohibido y espantar la profecía del oráculo a Tiresias, acaso, no saben que el rey se mató antes por tanto miedo. El trono se destrona por sí mismo, el pobre Edipo una víctima del sentimiento oculto de su padre.

Debo no debo. Quiero no quiero. Tengo no tengo. Otra forma. No soy tú. Soy ella. Yo tengo un secreto, no te lo quiero contar. Pista. Una criatura cría su creó. Mi creación quedará intacta. Me compongo me descompongo. Pongo firme la idea, mi pensamiento se chorrea como menstruación. Simulo una mampara, para qué voy hablar de aquello que sucede a todas, ninguna está libre a menos qué.

Todas se parecen en ese punto común denominador. Todas se parecen a mí, quítate ese resplandor de diosecilla rival. O yo me quiero parecer a todas, no toda cada una, qué alivio... Nadie quiere ser igual a nadie. Soy nadie y algo de mí. Me parece que parece. Aparezco ridícula. Desaparezco.

La madre amante de la corona se desprende del hijo de su vientre como si fuera una caca. Puja. La mierda viene después, la peste apesta. Sigmud anda en el carrete, trabaja con lo sucio, se encarga de que hable Yocasta que se hace la que no ve. Que le cosan la quijada al viejo del inconciente para que no se le caiga la boca. Asegura la voz sin remordimiento. La palabra sea el lugar sin expulsión ni destierro. Desentierren la memoria para que no los sepulte. Expulsa. Alivio. Queman la placenta.

Un recién nacido llora en los brazos de la pariturienta.

Los zapatos ajenos en el pie diminuto de la infanta que se mira en el espejo, recuerdan los juegos de la imitación, ahora la mamá y tú eres la hija. Hazme caso, chaplac, chaplac, suena la suela y los tacos. Coge la cartera, voy a comprar ya vengo, también se enreda la bufanda, un sombrero y lista. Juega sola, a veces se imita y repite las órdenes, otras parecen una sonámbula, o una directora de escenas, le encanta jugar al teatro, armar escenarios, inventar personajes. Es una divina. Una fatalista. Una inconforme. Imprime sello a la mirada.

Una instantánea se ocupa de su memoria. Alguna vez fue una niña que tenía la duda de que si todo lo que vivió fue cierto. Contrapunto. Contraria. Contra quién da cuenta. Mi biografía no entrará al diccionario de mi padre. Mi letra sale de la colección de animales disecados por los coleccionistas de especies raras. Corte y acción antes de que pierda el hilo.

La vida una historia sin ortografía. ¡Espanto!

Se prende la idea se apaga el deseo. Cuento tenso. Frecuencia inexacta, escucho la radio, la tierra avanza, pero la detienen las mañas. El gasfitero, gotea el techo, las gotas caen por cualquier parte, tapen el techo, cierren las llaves. Un chorro entró por la ventana. Abro la ventana, me moja la lluvia, cae intermitentemente, hasta hacer una capa gris en el firmamento.

¡Qué libertad del agua!, se chorrea como una fantasía dentro del cuerpo.

Hay que ser convincente, aunque sea con un guiño. ¿Encantador incompetente sácate la máscara que asustas? Pareces un poseso esperando te toque el pico de la botella para que se toque labio con labio y nada más. ¿Quién da giro a la botella? «Te toca a ti y a ti». «Mira cómo aplasta su boca con la otra boca», «Eso no está permitido, se acabó». Cada uno más envidioso e intrigado, queriendo saber a qué sabe un beso. No se pregunta, pero se anda buscando algo en la expresión gustosa cargando un secreto de a dos.

El amor desenamorado un espectro filial del banquete de alma sin pena. El caos es una conciencia que quiere hablar sin estigma. No le ponga epítetos al pensamiento de una mujer. Escúchalo primero. Párrafo sujeto espárrago ingesta, hay que darle al delirio la cuerda, me da asco, vomito, se me revuelve el estómago, aplasto la pulga a mi perro. Ladra al enemigo, a veces no conviene porque puede darse cuenta dónde estoy. Chito. No muevas la cola. Shsssssss. Amansado el sentimiento miente o lo deja sin ente diría el pensador, anda tú, quema la olla, el humo por toda la casa, «qué pasa». Paso de largo, miro entre la grieta de la puerta y la pared de la cocina, ventean al fuego, el humo se levanta, cobra fuerza la leña, se prende y apaga la candelita, enfurruña, salgo o entro. No me gusta aquello de ama de casa, quién ama al domesticador, nadie. No soy nada moderada. No desempleada. Empleo el desempleo. Soy una empleadora, psique toda yo.

Parece que hay una huelga, un coro me grita, queremos «habitación propia» y sueldo. El griterío se desboca en mi lengua. No entiendo qué dicen. Cállate, cállense ya. «Que desconfianza me inspiran los pulcros argumentos». La voz sin secuencia consecuentemente el dial de la memoria da con verbos ejecutados. Interferencia, ruido, la crueldad en todas partes, no es cierto, la vida puede ser un arte si no se enjaulara en la ley del opresor.

Escándalo «la historia no deja nunca de contarse así misma». Estas que te lames, con que quieres cambiarte de bando, eh, te pillé, «Huelo a quemado». ¿Voto no es lo mismo que boto? ¡Voto y botar,

no desperdiciar el voto, botar los desperdicios de la urna, se quema la basura, se quema las papeletas, en la puerta del horno se quema el pan! Anda, Flush, ve a que te den tu hueso. Da una ojeada por mí, si mueves la cola, lo tomaré como buenos augurios. Eso, ahora, y me tomaré una taza de té.

Y pasó por aquí la hija del rey comiendo maní, palo palo para los caballos. Interrupción. Cambio de tema. Leo una poeta que no conoceré. Jamás me postergaré al olvido, mis palabras proseguirán el acto, mi persecución será improbable, mi muerte me protegerá, mi humor la convicción y la armonía. Ante esto no me retracto.

Demolición de lo ilusorio. El rostro se desfigura, el tejido cautivo deja retumbar la estridencia del sentido. La belleza no fue su preocupación. Jamás la aduló con mascarilla, ni dejó que sea un elemento perturbador. No aceptó patrón en su espacio. Los moldes tenían un solo contenido. La consigna era romperlos hasta que no quede ni un ápice de astilla.

¿El desorden femenino y el orden masculino? Jugar a que soy en el no soy. Cambiar la identidad de una en el uno. Una vez más quién ordena. Desorden de turnos, todos quieren opíparamente tragar como banquete de olimpo el cuerpo femenino, hornearlo en el espejo hasta dejarla colgada en la letra, investigar la historia del sacrificio a las niñas, es como que quisieran que el deseo no exista, sino eso que retumba a codicia anatómica, anatomía femenina la libertad, es de terror o espantosa sentencia la Pizarnik.

Una voz manda a decir «Te toca a ti». Contradicción de luchas. Oposición de lados, una sola fuerza. ¿Quién temple la contemplación? Intercambios de acompañamientos. Vaciamiento de memorias. Traba. Trabado. Desobediencia. Obediencia. Impía del creio dios padre...

Traicionar al cuerpo. Sucede la menstruación, alivio, cólico, migraña, infiel al óvulo, desecho el nudo umbilical. Ni un grito. Pasa. Ahora menopausia. Decrepitud del esplendor. Un pedazo de mi ser se evapora. La raíz de la célula no tiene asidero. Hago de la línea de mi mano mi voluntad: lo que me da la gana.

Esto es, empecé por el final, habité la aventura de realizar mi vida sin agradar ni competir con nadie,

peor conmigo, no me dejé devorar por tal superyó como soplón de la falta de tilde, o encerrar con rojo la falla, o la ausencia de regla gramatical, me pregunto, cuál oración es perfecta, toma tiempo conocer la caligrafía y la sintaxis del deseo que no se dejó domesticar, amaestrar, adiestrar, tiene su regla, dejarte sin tu expresar, es un riesgo a quedar en la repetición de una sumisión incompresible, agradar viviendo para otro, es casi como morir en vida, otra cosa es que se note tu distinción, esfuerzo, el proceso, el proceder, implica pasos a entramar en las exigencias que vas descubriendo para matarte en el intento, somos sobrevivientes, la sobrevivencia es una escuela que no está en repetir tareas...

El orden materno era mi desorden. Nunca atiné a satisfacerla. No me provocaba. Inhóspito hogar eso de aparentar ser. No va conmigo. La mancha desabrida puntual. El retazo de tela para cubrir el secreto que contiene mis caídas y movimientos. Las lecciones a la niñas, machonas si se jugaba con los niños, que si sentaba con la piernas abiertas, zapatillazo por enseñar calzonarias. La consigna era andar lo mas escondida dentro de uno. Las niñas cierran las piernas cuando están sentadas, y rectas, y hablan cuando los adultos dicen, ha pasado el tiempo, ha tocado despegar tantas lenguas generacionales, y soltar la vida sin caer en el pozo de las trampas del arbitrio. Y la cantaleta en la escuela, igual, que hagas como que no pasa nada en el cuerpo cuando empieza eso de asomar partecitas y el rubor, y entre las niñas cuchicheando, a ti te pasa eso, ya, sí, no. Enséñame. Nooooo. Como eco queda en la marca femenina. «Que ahí no se toca, majadera». Pero hay que asearse, eran palabras conteniendo lo inexpresable, pero que generaba la revuelta de las niñas al conversar, lo que le pasaba a la una a la otra, en pequeños grupos, aprenderse a escuchar con respeto lo que parecía extraño, pero que despertaba curiosidad, más aún, en esas épocas, solo eran grados separados, o escuelas y colegios con doble turno, maaaaaaañana y tarde, por un lado los hombres por otras las mujeres, bandos complejos para eso de lo femenino y masculino in crescendo.

Destraba. Hace un desplante al movimiento- Estrella el espejo sin mancha. La mirada especulación

de un júbilo sin aprobación. La palabra inconcebida cerca. Un cuerpo sin fantasma deambula. La ambulancia y las sirenas. Ambularía. Tratamiento ambulatorio. «No soporto más».

Una pasión asesina. El mundo se seca ¿el humano se quedará sin sudor? La humedad transpira, respira, aspira, pira, ira. La pirámide, ¿Cleopatra existió? Cómo habrá sido la tribulación impía de la egipcia, se pinchó con la serpiente, no le importó nada, cuánto mide la llama de una vela. Vela no es lo mismo que velatorio.

Algo esté velado, ¿la novela es una velación de la historia? *No ve la*, es una vela que no se enciende hasta que llega a ti. Su llama puede estar apagada toda la vida si no la prendes. Hágase la luz. ¿Quién la apaga? Novelarte sin velarte...

Desgaste y deforestación. Un cielo roto, aún celeste sospechosamente turbio, aguas contaminas, ¿habrá aguas puras? Lluve llueve llueve, la virgen no está en la cueva, Eva va a pensar que no existe. Gran cuento de la virginidad impune. Asalto al verso, cautiverio resonante del acto, interpuesto entre imagen y semejanza. La inmediatez se precipita. Los presagios del espejo una perversa confesión del otro.

La voz problemática. Destapa la incógnita. La preocupación del sexto sentido: el sexo no habla. La escritura como el deseo un espacio para no oprimir. Exclusión. Inclusión. El juego de la escondida. A quién toco. Quién me toca. La representación del misterio, melodrama del ser.

La novia, que linda está, encontró el amor, parece una mariposa, lleva cintillo de perlas, tocado de pétalos, el vestido lleno de alas de pájaros. El novio viene salido de un cuento que aún no he anunciado. Sale corriendo sonriente, me da un beso volado. Se van de luna de miel, la extraño, hurgo en su cuarto, veo su foto, gimoteo sin que nadie se entere. Me escondo en el baúl, imagino estar en el barco con ellos, no escucharé nada, solo que no me deje, la quiero conmigo, nadie va a entender. Que se enfermó, la carta decía eso, que no se pudo hacer nada. No. No. No. Stella, mi estela mi tela se deshila. La memoria se deshila.

La adicción a la muerte una novela que no se

encajona. Que no se solapa. Que no se lee. Ella conversa con complicidad, persigue el sonido, no flagela la palabrita, sexo, ni orgasmo, ni las prohibidas en la infancia o sometidas al castigo si de pronto se preguntaba que es tal cosa que concierne a la anatomía de la sexualidad humana, o tal palabra que se escucha y no está permitido comentar, ni en casa, ni en la escuela, ni exhibir la escena coital para indicar el cómo se concibió un niño, cómo llega a la panza, cómo sale, la tremenda ignorancia eral tal. A los cinco años asomada en la ventana esperando llegue la cigüeña, y la risa burlona de los adultos por ver mortificada a la niña...

Tantos temas y anécdotas tienen cada uno en esto de descubrirse un humano y con sus propias memorias y preguntas y los nombres de las partes decibles del cuerpo y las que callan o mortifican.

Cada quien tiene su guion, archivo confidencial a recuperar y darle de pronto la lectura distinta para no quedar enmudecido ni extraviarse en la evasión de sí mismo, otros indicadores, que interpole, dado que los momentos vividos son antecedentes que no deben convertirse en penales, seas un protagonista de tu vida destrabando el malentendido en el que habitas, y poder hablar a tiempo lo que pasa y sea un no y un sí claro a permitir y no. Hay un límite. Nadie es propietario de nadie. El rubor de la verdad no tiene nada que ver con la culpa. «No me retracto». ¿Quién sostiene lo dicho? Vértigo de carbón encendido y apagado lo de cada uno.

«Esta es la verdad, este es el hecho, pero más allá, todo es oscuridad y conjeturas». Demasiados espejos tienen las palabras para encontrar un descanso, demasiado lugar aspira la duda para entrar al reloj, demasiada razón pide la muerte para dirigir la vigilia. No puede concluir el recorrido, no puede lapidar el espacio, no puede ordenar la historia.

Solo soy de mí una metáfora.

Frontal. Afronta. Franco gusto por hacer una historia sin la más mínima expectativa de ser aceptada por el canon social. La barrera de la mente un show con pase incluido. Asemjarse. Aprobarse. Haz lo contrario. Rompes la barra, no te embarras y formas parte de la barra. Arranca. Ojo, no te arranques la vida antes de tiempo. Para que no te

atasques: desaseméjate. Aléjate o pon frontera al que te ofusca, acosa, somete o denunciarlo, limitar al prójimo que atenta.

En el sociodrama la reina coja no asusta. Cuenta cómo quedó coja de tanto correr y no alcanzar la presa. Se enredó en su cuenta sin darse cuenta de que el cuento se la comió. A dónde va la reina tirulancito. Se ríe con la boca llena de fábulas. Atrasa la idea. Entra a los recovecos de los juegos prohibidos, tantea con los ojos cerrados. Sola en el simulacro de la gallina ciega atraviesa los laberintos de las formas, las historias se deshacen en la precipitación de la emoción. Los besos están prohibidos, eso provoca tensión, probarse a alterar la regla, ¿obedecer o desobedecer? «¿Me encantan los borradores?».

Aquí estoy dice una voz, acá la otra, más acá interrumpen, se confunden. Un tumulto de movimiento deja notar el monótono latido de la vida desbaratando la costumbre. No hay historia que contar en el juego. Hay un silencio sensual postergado en la repetición a quién le toca... la infancia tiene reglas, cuenta no romperlas, y el adulto es un tutor acompañante, pero se atosiga o manipula al niño lo está llevando fuera del campo de lo es la vida de un niño, tratarlo con respeto, sin exhibirlo como mascota o un objeto comercial...

Titubea el juego, la sortija fuera del círculo, los apostadores rodean las posiciones, la certeza rueda, la evidencia retiene la palabra, la prenda a un lado, se entrea bre lo escondido. Nadie se mira. La decisión es un acto sin reflejo, el pactador paga la apuesta, el dueño del acertijo acuñó el deseo, esconde, esconde. El adivinador de turno señala.

Completa. Incompleta. Descompleta. Repleta. Chasquea la lengua su falta de compromiso con la vida. Sus personajes se preguntan qué pienso de ti, ¿quién soy, piensas en mí? ¿Separadamente juntos. Apunto. Punto. Unto. «Solo a ti no te borro».

Una vez extinto qué importa lo que digas de mí. A la hora de la hora, cada cual su orificio. La reunión de volver a las aguas fuentes del vientre de la madre es una aberración o tal orfandad o no saber valerse por sí mismo o una depresión a que pide SOS. Nadie vuelve al útero, para qué, suficiente con haber sido parido. Me expulsaron, pulso la presión lo suficien-

temente para tener fuerzas y no forzarme a pedir ayuda que no requiero. Me impulso, mi pulso me pulsa. Me desmadro.

Se apaga, se despega, pega, pegada. Anula. Nula la fórmula. Formulo una atención sin atender. Hago una letra panzona, veo el vientre hinchado de Vanesa, se agita mi ansiedad, mezo el tiempo, ¿será hombre o será mujer? Ella se retoca en el espejo, repinta la boca, las cejas, no necesita más. Le ofrezco un molde lleno de vacíos. Ella me dice falta algo riendo de mi falta de entusiasmo. Lo tiro al piso, se hace partes, me mira, se levanta, me abraza, me besa como me gusta. Me dice en la oreja «celosa».

El destierro empezó antes de nacer. Nada es intolerante. Da terror soportar la crueldad. Pruébate cortarte con el espejo, pruébate quemarte, pruébate latiguearte, pruébate ponerte el pie en el cuello y aplastarlo hasta sentir la asfixia, pruébate a que te golpeas, pruébate que apruebas, pruébate que reprobuebas, prueba otra vez y empáchate hasta reventar. Hedionda prueba como estómago perturbado por un páncreas o una colitis que gasea como pozo séptico destapado.

Hoz de espejo, cuña de párpado, oscura agua, mareta de soledad, sueño alterado. La vida se desprende del cuerpo como amante de la imaginación conspirando secreto. Desapasionado encantamiento sopesa la ilusión. Pesa la pesa. Pesado pasado. Dentro del cuerpo el ancla y la masa exacta para hundirse o flotar. Veamos qué pasa. Caen los espacios. Paga la cuenta antes de que hagan un cuento no confiable.

No todo es cuento. Aunque la vida se cuenta.

Virginia no cabe en el cuento, intento agarrar un rasgo de su silueta que impacta. Imagino el sonido del bolígrafo o la tecla, su respiración amaneciendo en una fantástica creación. Percibal y su qué me importismo a la angustia de la autora, madre de su destino.

Luego, compañera de la figura que ronda la orilla de la tristeza. Percibo, escucho un silbo, percibalo ¿por qué no me llamo Percíbala? No hay trato ni contrato para cambiar la odisea del argumento. Que tal este título: mente andrógina. Se achica y agranda el espejo tarareando. En el tocador el tocado. Me hago la toca. Estás tocada.

Tocada.

Machaca machácala la piedra chacala chacha. De aquí no me moverán. ¿Quién es el machacador? No puede hablar, machacado está. Quién quiere ahora achacar y despachar. Marcha parcha charca el soldado no llegó. Friego y refriego las cenizas, de los escombros del tiempo. Escondo la sortijita para que adivinen quien la tiene. Jugar sin quemarme qué difícil era. La mirada delata que la novia lista quedó.

Hay imprevistos que se esconden en la contadera del contador. La contadora puede dar una contada de saques y quites desquites de saqueos tanto por ciento de entradas y salidas. Descuento.

Esto sí esto no, hasta descalificar al mundo si lo quiere, o colocarlo en los bandos del ataque. Cuidado tanque de guerra, tarda el armisticio, nada de tregua. Plomo más plomo igual a plomazos. Aplomado y desplomado. Desplumado por la pluma. Depende del momento.

Agáchate. Contraataque.

Los hombres apuntan campos, aran el horizonte, acribillan el porvenir, dictan sentencias en cualquier espacio. Invaden en nombre de un dios que no es el mío ni el tuyo dice la doncella que lleva agua al refugiado pidiendo asilo, pidiendo déjenme ser, que dice ve, pero no me dejes.

El humano está atrapado en el espejo sin rostro. La niña recorre los patios del tiempo y un género sale al encuentro entre danza y antiguallas tocando la caña dulce sobre la boca del amor. Dos cuerpos disienten. Condena, reintento y tolerancia. El incidente de un mundo sentenciado.

El mundo apartado por maquetas donde el humano transita según la oportunidad en su historia, que aún el verbo lo inquiera, hay los nómadas y sedentarios y los apátridas, los mendigos de la vida, los que sacan la madre para que no falte el pan, los padres que se esmeran por ser dignos de sus hijos, los *que se van*, los que quedan, chulla vida con huero deseo...

La felicidad de la infancia no es predecible, quien promete el paraíso miente, quien dice que habla en nombre de la verdad miente, quien sustenta que este territorio le pertenece miente, quien amasa el hambre en cálculos y réditos miente, quien se vis-

te de mandamientos miente, quien juzga como si fuese la ley miente, quien camina como masa bajo la ceguera del ideal miente, quien descansa sobre el crimen miente, quien aplasta la palabra en el cuerpo que repudia condena, dilo tú, quién es, quien pretende ser el único miente...

Quien me dice lo contrario, no miente, quien me invita al diálogo no miente, quien me pone a pensar no miente, quien me escucha no miente, quien comparte no miente, quien me dice...

Una anciana pone en el carrete el hilo del futuro y para no aburrirse de la espera de la muerte borda su historia para cubrir las generaciones por venir. Entre palillos, agujas y crochet la lluvia advierte a las estaciones para que reciban el aliento de cuerpos que crean. Entre hachas, azadones, palas, y machetes el soldado pidiendo asilo. Entre armas y desarmes un yo y otro yo ayudan a levantar al cadáver para que no muera.

Entre voz y voces un lugar para vivir en calma y para morir en paz. La vida es un imposible posible. La alegría es una dosis de vida. La tristeza otra dosis de vida. Sentir es la vida entera. Ahí estamos.

Post data. Saber es una posición. ¡*Animal político!* o es animal o es político, pero la última habla, gobierna, decide y el pueblo no es manada, pero tolera, calla, se revela. Falta algo más, ¿qué? Deja el texto. Anota la guerra. Indignante autoridad acecha. La voz no manda a callar. Me dice que hable, la escucho, no para, qué dices, no te hago caso. El hambre más la enfermedad me da menos ganas de comer, más pierdes, más menos marchas, corre o sino eres un cero.

El autoritario va adentro de un animal verde gigante que rueda en unas patas negras, ruge como un volcán cuando bota fuego por un pico que parece un ojo que todo lo sabe. «Que no pase por los escondites. Que no te escuche. Agáchate». Que no caiga esa lluvia que arde y quema todo. Que no que no que no. «Si te encuentro te callo para siempre» voz de voces, susurro de miedos, murmullo sospechoso, ¿esa frase no es mía?». ¿Está cerca, escucho pasos, corre una masa color alga con manchas cafés, se mueven como curvas amarradas, mandan hasta el fondo la punta de sus bayonetas, ¡jay!, un

grito, noooo, cuerpo que cae, golpetazos, patadas, agitación, el enemigo, el enemigo, el enemigo. Se confunden el terror, una sombra gris tapa mis ojos.

De nuevo, la sirena eeeeeeeeeeeee, ambulancia, las campanas de una iglesia, un pájaro muerto, las ovejas beeeeeeeee, se separa el rebaño, despavoridas buscan un lugar sin llamas, dónde está el pastor, acaso no sabe que el lobo llegó, que se siente general del mundo, que ha puesto un ejercito con ideas igualitas, uno mata, dos hiere, uno y dos cargan al moribundo, vamos dos, no te detengas, aquí a la derecha no nos ven, viro y gira chocan dos desconocidos, se apuntan, tienen miedo de morir, se echan a la fuga, cansados de la putrefacción del deseo se amotinan en silencio.

El mapa un plano ensangrentado.

Nunca se gana la guerra. Izquierda y derecha, mis dos manos se juntan, las quiero sin división. Vuelta, revuelta, devuelta mamacita, papacito dónde están, el niño llora desconsoladamente. Está en peligro, qué alguien haga algo, yo no puedo, solo aviso, a quién. ¿Estás o no estás conmigo? De ambos lados dicen, todos juntos venceremos. Los escuchas, una voz te salva la otra te amenaza sin parar, «haz algo». El cielo no deja de tronar. Árboles chamuscados. La destrucción llega hasta el pie de la casa.

Los refugios alargan un poco el mañana. Zurce la letra, hojea el apunte, levanta los brazos, los deja caer, no sin antes descolgar la obediencia. Se siente Judith saltando a la realidad que descubre, «ya la creo, no la puedo abandonar», anticipo final sin capítulo siguiente. Eso sí, una tragedia sin obra de teatro. Fin. Abro la puerta. ¿Quién atasca el pistillo? Ah, no es la mía. El sonido de toda puerta se parece tanto.

Hastada del tratamiento inadecuado dejó de adecuar. Canturrea lágrima, flor poco a poco se seca en algún lado. Pescadillo se escapa, neblina dentro de mí. Notario. Notariado. Contrariada. No hay aliado. ¿Llegarán? Oteo. Noto. Ya no anoto. Tacho. Sin techo, el cielo oscuro deja ver las estrellas, no me conmueven.

Yugo de libertad ruedas como una moneda en mis manos.

Apaga la lámpara que había amanecido junto a su angustia. Desprotegida. Sin aptitud para escuchar más noticias, deja en el tablero acto de terquedad. No dejarse frenar por la violencia insostenible, la muerte inentendible, el fracaso de controlar al enemigo dentro y fuera. Taladra la memoria perforada, el caliche aspira y expira la contaminación del campo minado. La mina tic tac tic explota. El minero no salió ileso.

Palo palito palo, huesos de elefantes, de humanos, tun tun de quién es. Ha venido el rey comiendo maní, palo palo para los caballos, de aquí a pin pan pun la meca la seca la tutuleca pasó por aquí pidiendo agua para tutururu glub club hace el gañote hasta que salgas tú. «Ahora, a mí». Frío frío, caliente caliente, dame una pista, sigue, sigue, hasta... «No te alejes mucho». «Que no se den cuenta». ¿Nadie lo sabe? Alpiste para el despiste. «Despistada no soy».

La vida no es íntima. «Entrometida».

Exiliada entre los otros, gozas la herejía del amor, tu insomnio mira la locura de lo eterno, genio de tu muerte, el destierro de los despertares, exacta palabra que juega con el tiempo, diosa del oráculo, vives la pregunta del incesto, en tu cuerpo no existe el equívoco. «Discrepo conmigo». Tu crimen: ser el sueño de todos.

No debe haber golpe, moretón ni herida. Nada. La escritora del entreacto atrapa la tristeza, la tinta con olas, huella el momento crucial, «hay dolores que carecen de palabras». No se puede explorar la muerte porque te atrapa. Nos pasamos oponiendo toda la vida a dejarnos llevar hasta que llega un día y dejamos de desistir.

La lucha parece una batalla descompuesta. Se desploma todo fundamento. Soy la testigo y la coartada del pretexto. El texto: sujeto del verbo para que no se desboque el bosque, «apúrate, cógeme la mano». En el patio, en coro todos, juguemos que la loba no está aquí, qué estará haciendo, a ver si le preguntamos, no contesta, repite la pregunta. Otra cosa, ya me cansé, un ratito, o si no te tiro la araña si no me haces caso. «No te creo», es una trampa.

Repetía como eco en la voz masculina «no soy una persona, soy muchas, en verdad, no sé quién soy... ni sé distinguir mi vida de la de ellos». La unión

no deja ver. El uno absorbe al otro de uno al siguiente de vuelta. Qué mismo augura el duelo del amor. Contacto sin contacto. La continuación interrumpida. ¿Quién ha dicho que el movimiento es una continuidad? Nada continúa. Discontinuo fluir.

Temprano. Se asoma como un día más en la ventana. Se recuerda, alguna vez sentada a orilla del río dando de comer a los pajarillos. Bote, remo, tirón y cordel. «Nada de nostalgias». Corre el cerrojo. Levedad del espacio. La distancia me acerca me aleja, me borra, me resuelve el caos. No me dejo llevar por la corriente, soy una desmoldada. No hay muerto perpetuo, ¿quién sabe? Algunos se encargan de hacer como que lo reviven, se impone una cruz como estigma. Otros hacen la fiesta del ganador, gastan monedas tras monedas, las treinta de plata ya es nada. Nos ahogan la existencia.

Incrédula me dicen. Bromeo con el plomero, le digo que tiene que desaguar la cañería del río, algo la tapa. Contratapa. Se destapa la solapa del sol. El desagugador me mira y señala al aguacatero. El hombre carga en sus hombros dos tarros que van goteando. Sube el nivel, baja el nivel, «sé de memoria los topes de la corriente, los desbordes, bordeo con el dedo la orilla, doy manotazos al agua.

Desboca un O U SE».

Esta vez se acuesta con el hombre que sabía de la mantarraya mental, que aguantaba su raye, que no le dejaba que se rayara, que jugaban al tres en raya. Su amor era una X y un cero, buscando hacer tres en raya sin declararse ganador o perdedor. Era vivir entre tres, las voces, ella y él: ellos un triángulo desarmado de exactitud. Estamos en la última noche. Está aparentando dormir los últimos restos del alba. Mira a su lado, su esposo sueña. Se levanta, va al escritorio, relee el contenido en dos sobres. Vuelve a la cama, se le pega, están cuerpo a cuerpo, el acompañante de siempre la siente, se da la vuelta, la envuelve con las frazadas, se insinúan movimientos tiernos, la recorre toda, se deja hacer. El hombre le besa la nuca, respira en su oreja, pega y despega su nariz en los cabellos sueltos, se mueven tiernamente, él sabe de su sentir, ella aprieta la boca, los ojos grises esconden la pena, el detalle de ser amada le quema el cuerpo, la arrinco-

na a un por qué silencioso. Él sin demostrar rendición trata de dejarla quieta en su envoltura, vuelve a su pesadez onírica. La mujer tantea la luz de la luna, recuerda el eclipse de su niñez, se imagina así, el epílogo de su novela.

Me alejo de la ficción, todavía no es hora de hablar sobre cómo podría haber tomado la decisión que no cabe, que solo acaba en una *Ese fatal*. Estrépito. Finiquitar. Cortó el cuento, salta página para no saltar, no soltarse en la nada que la martiriza con augurios de tristeza como un mar dentro de narciso. La identidad se triza. El espejo vacío (ella no es). Salió a tiempo del ajeteo y de la disputa.

¿Ahorcar a la culpa? Soy mala por no dejarme matar, golpear, atacar. Soy buena por dejarme morir. ¿Sí o no? Sí, esta vez. No, para ti. No al papel de víctima ¿ganas al culpable? El verdugo afila el cuchillo en la piedra que pule. Eso es venganza. «No» aunque no es mala idea.

Cruzó su propia habitación, espacio vaciado de alegoría, nada que arriesgar. Confiscó la memoria, la desalojó de la palabra. Desocupó el tiempo. «Fantasma de polvo de aquel polvo cambiante».

No acudo a la cita del asesinato para no ser la ofrenda.

La muerte no tiene que saldar ninguna cuenta con la vida. El rumor del silencio rima con el corazón. La incoherencia del pensamiento traza su coherencia. Que el dolor no se herede. Desertar del espacio que ocupó en mi cuerpo. Bernald se le adelanta, la hace caer lentamente en la hierba, voz una «para que estés en reposo con tu imagen sin confesión», voz dos «deja que mueran primero tus engendros», voz tres «todavía no te toca a ti».

El contemplador del monólogo aligera su inquietud, las intuiciones yacen en la noche, su expresión invade el azar, entreabierto al ensueño y al acierto musita ganas revertidas a la circunstancia. La imaginación y la placidez del contacto. La originalidad del deseo permanece intacta a las trampas del amor.

Ella simula no oír. Se dice para sí «creo que son las voces que me están interrumpiendo, voy a contar las piedras para ver cuantas necesito», «anda», se motiva. ¿Seguir? «¿Cómo puedo seguir ahora, me dejé sin yo, sin peso, ni visión, a través de un

mundo sin peso, sin ilusión». Virginia no eres tú, es Bernal. Déjalo con su propia agonía. El fantasma persigue la sombra, ésta a mí. El eco de la huella borra otra pisada. El «uniforme de una palidez» transpira.

Aburrida del espectro lo magulla. «No invadas mi espacio propio, eso si no te permito». Yo me expropio cuando quiera. Es mi asunto. Arruga el papel. Lo estira, lo dobla hasta lo inalcanzable, lo desdobla, lo estruja de nuevo, lo intenta estirar, se agota, lo hace trocitos, los recoge, los pone en una taza, los remoja, hasta hacer una bola inmaculada, la deja secar al borde de la ventana, parece un cráneo desnudo de razones.

Escarbo en las olas, la marea siempre en lo mismo, como un yo dentro de otro yo sin escapatoria. Rhoda ama sin amar, es el acto mismo. Ronda roída el verbo con su desolación sin propiedad. Dio vueltas a la soledad para saber si era una compañía justa. Los habitantes que la acompañaron no se enteraron de su presencia.

La escritora de mirada huérfana anota remate del vacío. «El amor regresa al mirar alguien con todo su acompañamiento de frases fantasmales. Inspira y expira un aliento sustancias». ¿Cuál será el motivo suficiente para que alguno se tome como objeto directo el exterminio del enemigo? No hay tiempo para dudar. No se quiere eso. Solo ocupar o desocupar el vacío, espacio limpio de manchas. Sin aviso mi próxima visita. ¿No quiero que estén atrás de cada paso, tengo que liberarlos sin que se note mi movida?

En el ritmo cadencioso un canto querido «ido». Arrúllame agua, déjame dormir, pausa, comienzo, rodemifasol, voz aguda, voz grave, tu voz, su voz, la voz, ¿cuál soy? «como ninguna». ¿Alguna? ¿Una?

Sin ritmo la mente saturada. Saturada. La escritura destroza el trazo. Trázame una línea: trízame, trórame. Tris tras hace las tijeras en mis ojeras. Truc truc hace mi garganta. Toc toc la puerta de mi corazón. «Cursi no».

Detenida en el borde del mal, significo la ternura contienda mortal de lo divino. La atracción se lanza a conjeturas, envuelto lo intemporal al vestigio, fiel a lo diferente atrapo eternidades in-

sinuadas, dejo los indicios entre palabras. Todo es recorrido del tiempo atrapado en la memoria. La certeza y el veredicto los cumplo en mi cuerpo. Asisto a los actos del sueño, primicia de mi deseo.

El teatro en mi ser obra su prisa. Repito la escena: la muerte un ensayo de amores.

Alguien fue exterminado por sus propias manos, misterio de crónica roja. La literatura ablanda o amortigua el crimen o suicido. La realidad recibe el cadáver. Uno, dos, tres. Percibal, Rhoda, Bernard. ¿Falta uno o una? ¿A quién no he contado?

Deshabito el hábito sin tambalearme.

Ejecuta el espejo a los enclaustrados. La conciencia amarga de la fe derriba la imagen, «qué martirio». Solo en mi jardín nace el entierro: la resurrección de la belleza. Suscito la desobediencia. Contra mí todos. Contra uno nadie. Contradígame. Contradigo. Contra ti. Contra mí. Controversia. Otra versión escucho. Contrapongo. «Impréntame pronto». Falta tinta.

Expongo. «Me impregno». Pongo de mi parte. No te pongas de mi parte. No necesito aliados. Cuento por ti. «Nada de eso, ya hice lo mío. Ahora haz lo tuyo sin preocuparte por el qué dirán, yo hice lo propio, sigue tu recorrido sin perderte en la huella de nadie».

Se desborona el pensamiento en el silencio. Se abre el espacio, despaciosamente. Afecto el desafecto: afectada. En efecto. Efecto nada efectivo. «¿Y lo afectivo?». Inestable pasión sin sentimiento. «Lo siento». Sin embargo, el llanto no me inunda, ni una gotita salada siquiera, ni siquiera una gota desabrada sale de mí. Estoy seca como un eco.

Inmaculado día versus espantosa herida. Pesar sin remedio. Incurable amor incoloro. Me emociona el placer. ¡Que miedo? ¡Lo tengo! Me paraliza la rigidez de la nada. La palabra sin deseo no me toca. Mi escritura despanzurra el dolor para que no estorbe la fantasía ni la doblegue a ser la sierva del cuerpo. Desenchufo el freno que amordaza la idea. Depresión. Presión. Presa la fuerza y arranque. Descarnada del inconciente deja que sea lo que no es.

El cuerpo se presta al juego infatigable. No hago encuentros clandestinos en la letra. No aguanto chocar con la realidad, ya ella es un impedimento

cuando se bloquea el espacio, y se inventa una frontera de condenados. Llegan a mi tierra los expulsados y perseguidos por Hitler. La guerra es un uniforme que le quita identidad al que va debajo. Cruzan los denominados héroes con rostros destejidos, con mirada opaca, con ropas sobrantes, con pensión para completar la pérdida sea del brazo, la pierna, una parte cualquiera. El rostro desfigurado en la foto y la novia triste cumplen su promesa parece una boda en blanco y negro. En las noches el se despierta casi aullando, la novia ahora señora lo abraza como nene de cuna, le dice ya pasó. ¿Qué, que no ha acabado te digo, ponte valiente? ¿Dónde empieza este otro cuento de nunca acabar? Cuenta y verás.

La piedra la playa los caminantes, los seres las series lo serio lo sería, la ciudad los ciudadanos las direcciones, el uno y todas las enumeraciones posibles, caen los aviones caen las naves cae todo, las bajas las bajadas lo bajo, permanece el permanente percañe.

El orden las órdenes ordeno. Un poco de arena en el bolsillo, algo de susto en la avenida principal, el pretexto de esto para nombrarte. Nuestro deseo no tiene nada parecido a lo decible.

El inconciente es nada frente al tirano cuando este ordena callar. Huir, escapar, sobrevivir. Sintaxis de placer y orfandad contrariando a lengua filial: Parto seco y sin dolor. Sin agua fuente la concepción. «No concibo que todo acabó. Retumba en la casa de campo el desastre del poder».

La guerra una orgía más cubierta de uniformes, un olor a sangre aguarda sudores desiertos, guardan su descanso, un sudario blanco cuelga. El sepulturero carga el hastío. Atrás la muerte cuan libertina deseosa de toda vida. La orden de pie, escupe la extremaunción, cae la puerta, el gas alcanza el rubor, dictamen cerrado, se alejan. El conserve limpia.

Cual resplandor mutilado razones amotinadas al éxtasis, sobre filos de una piedra todos los amores, caracoles cambian sus caparazones por espinas, un punto rodea espéculos de arenas al comenzar su laberinto vuelos de luciérnagas al cadáver de una noche, sus ojos ignoran huella del vitral rayan ternuras sobre judíos de Ámsterdam. Al vai-

vén del aullido fue dado el poder de arrancar luz a los carbones, ahí pulieron las rodillas del espasmo, infancias arremolinadas al pie del arribo, un movimiento rebelde no comulga. Desterrada la partida del abismo.

Sacrílega de mi ser corrompo el alma con la imaginación.

Un espejo de sal sugiere rostro de cera, era la esperma de Narciso reflejando eco de otro reflejo, era eso. El pormenor irradia voces medida difuminada entre estremecimientos incesantes. A cada quién le pertenece una luna si no nace.

Al corriente

El héroe baila mientras la velada recoge su desvanecimiento. Oculta catalejo horadar del fogoneero. Desentonan guerra dentro de la matriz de una mujer. Mutilación del cigoto gotea alivio de hordas. El colibrí brizna otro canto. La heroína juega con su nombre. Sobre variaciones de un mismo tabú: la victoria.

De corriente

Uno dijo a dos ¿por qué después? Dos dijo a uno ¿quién antes? El cielo la tierra un mismo instante un solo espacio uno solo. «Tú». No la encuentran, la buscan, creen que está desorientada, que el delirio la ha hecho fugar del cuerpo. Nada por aquí, nada por allá, más acá, nada de nada. La sirena de una guerra idas y otra por venir toca. «¿Qué será ahora?»

Una corriente

Rinden homenaje a los vástagos de ausencias. Cogitos de bálsamos entre arrecifes y carnaval de goces. Nacen sueños teñidos de tul. Una sensación derrota el triunfo, la imagen temporal un eclipse ingenuo. Declina la raza sombras infantiles. Sobre piedras el amanecer. ¿El pensamiento como un río esperándome o un río como pensamiento desesperándome?

Su Hermana Vanesa la dibuja y desdibuja. Ritmo y estridencia juntas, siameses en la pasión por el arte y el misterio, discordantes y extremas en sus estilos. Un día, cuando Virginia se cansó de la mujer que llevaba su cuerpo, su hermana, en silencio, escucha la querrela del alma sin corazón, decide acabar con la sombra inmisericorde, la dibuja, une líneas curvas y rectas, hace un bosquejo, deja al último el rostro. Prepara el lienzo, fondea, coge

el boceto y empieza la figura. Un día completo repleta la tela. Fondo gris, faldón, cabeza semicaída, pelo amarrado, manos sobre las piernas, piernas cerradas, puntas de zapatos casi tocándose. «Ya casi listo», la escritora de reojo mira sin definición.

La pintora se acerca se aleja, del cuadro, atina toques, va al rostro, se queda con el pincel en la boca, demora, se sienta en la silla, mira con tenacidad a la real y a la de la tela, se levanta decidida, sin decir una sola palabra, lo pinta de blanco insinuando la nada atragantada por el vacío, como no hay expresión, el resultado es un óvalo alargado con dejo de imperfección.

«Esa eres tú», le dice. «Ya lo sé», le contesta.

Una vez que salió de la casa, fue el final del encuentro. Como sería la expresión de su rostro sin mirar a ningún lugar, o quizás asegurando que el jardinero no sospeche, da una leve sonrisa, de reojo mira que no noten su escape, camina siguiendo la línea aguafuerte que la imanta, en sus mejillas un ligero toque de languidez, a lo mejor en la comisura un dejo de desdén.

Que solo queda el amor después del amor, que solo está el amor antes del amor, que solos estamos antes y después de él. Deseos hechos ausencias, lechos marcados, besos matando otros besos. ¿Que de ti? ¿Que de mí? ¿Qué escultura será nuestra muerte?

Toda insubordinada de la vida, se cansa de cumplir, de agradar, de sufrir de encantar. Quiere vivir sin contemplación. Siente desprecio y cansancio. Gusto y disgusto. Tornea el trastorno. Trastoca lo intratable. Toca el pozo del tornado. Destornea el monólogo. Se rompe la mente. Se siente destemplada. El sueño no tiene espacio. Acosa la voz sin autor. El eco la tiente, la llama descarnadamente.

Calza y descalza.

Amor sin atributos el crucigrama del odio, de la pasión desmantelada, del amante ocaso del misterio, del sentimiento efímero en la piel. ¿Se discute el amor como la guerra? Ambos duelen, «a mí no gusta su sensación de putrefacción, su hincón aberrante, su sabor a charco estancado». Ataca el enemigo no acata la consigna. El enamorado puede volverse enemigo y no lo sabe. Duelo de dolores insanos.

La señora de la novela pasa en vela al cuento que se le pierde en la boca. La narración incontrolable se quiebra en voces. Una voz es sospechosa, invade en cualquier momento, precisamente ahora se despoja de toda convicción. La habitante se ofusca y cede. Choca. Deja de participar, se confunde, ¿Dónde está? ¿Quién eres? Le ordena que calle, le pregunta «¿qué quieres?». Se disfraza de vanidad, esta le zampa una soledad espeluznante. La envidia, los celos, la desconfianza se la comen viva. Escoge la inanición.

Contentamiento desoculta la imagen. Pretendo al pretendiente. Lo detengo por un rato en el ensayo de una adivinanza. El espacio sin pienso pendiente. No discuto sobre el sentido del afecto, suficiente los efectos de la guerra, todo requiere un basta.

Lapidaria vida cotidianamente.

Ayuna la idea. Allano. Ayazo. Deja de especular. Escribe sin ser la sombra de nadie. ¿Soportarse? ¿Quién fustiga? Diosa cruel de la creación definitiva, eres inescapable en ti.

La vida una tensión sin novela, más tarde contada. Oleaje de actos. Entra a ver lo que pasa. Rareza extraña y genial oscilas entre la sombra y la luna. El sol un destello anticipando ocasos. Garra agarrada. Desgarrada.

Avaricia del precipicio te anclaste en el vacío. Lucidez y delirio de voz, una sin ella, ella con una, una de ella. Una ella sin yo. «Uno de ella no soy». Perpetuamente la terrible tensión del presentimiento desabrido de la ficción: estar y no estar. Dos vidas en una no son posibles. ¿Cuál soy? ¿Cuál impulso, cuál expulso? Pedazo a pedazo acabando. Cavando.

Ando. Hasta aquí.

Ningún borrón. Nada que emborronar esta vez. Escribe de prisa y sin cuidado. Dobla dos notas breves quitando la culpa de encima, asoma las notas sobre el escritorio. El día masculla poco sol y mucho frío. El río aprisiona lo que pasa. Persigue el desprendimiento. Nada pendiente, quizás, una última tarea, que es un comienzo para otros: buscarla no muy lejos.

Mi tesis: la guerra para vivir es no matar. La antítesis: te hacen la guerra para no dejarte vivir. Síntesis: desastre. Me preparo para un accidente, no

involucro a nadie. Suficiente fue. Que continúen ellos sin mí. No veo ningún problema. La incógnita soy yo: *MI X*, *MI* por sin cruces sin más ni menos, ni división, ni multiplicación. Terminó como todos yendo a ninguna parte: la muerte es ningún lado. Un cero a la izquierda, un cero a la derecha dejan de rodar como rueda sin O, sin ósea...

Fin de la emborradora. ¿Borrón y va de nuevo? «Bórrame de la lista. Pásame los borradores». Queda un borrador pendiente por pasar. Acción de emborrar «Mi vida», un escrito de primera intención que se copia después de enmendarlo. Cópíame los diarios. Espera que borro, me tacho para que no se me pueda leer, se nota en el papel la voz borrosa. Olvida el pasado con propósito de comenzar. ¿Qué fácil decirlo?

Borra bien la memoria. Sácale la punta a palabra inútil que no se deja borrar. Sacapuntas, borrador y tinta, el papel ya no aguanta. La lucha acaba en mi contra. Mi cráneo me da martillazos. Las voces me han hecho cuerpo tomado, me dan badajazos, hablan neciamente a ningún lado atinan, quizás a hundirme y yo con ellas. Desboronan a mis personajes, me dejan sin planes y sin tiempo. Me dejan vacía, no se dejan someter ni mandar. Me quitan de mí. Ya casi no queda nada de mí. Soy torpe con el deseo.

L. la cuida cuidadosamente con exceso. Le quiere marcar el paso. Está pendiente. No permite el descuido. Cuidado algo está por suceder. Balas de salva, a quién salvan del tormento. La tormenta de bombas se acerca. Me atormentan. ¿Quién se conmueve? Muévase, quién hace algo. Solo Reposo y reposo, eso es lo que usted necesita. Encierro, cortinas cerradas, «el monstruo no descansa».

Suelto el círculo para que no caiga encima mío. Ni yo atrapé tu vicio: cercarme con tus ojos. Dejo ser un confuso paisaje, un confuso encaje como mi letra ilegible. Ajusto el reverso. El hilo está roto nada que coser. El costurero, dedal, la aguja, los hilos, la tela virgen como una hoja en blanco. Tinte-ro, pluma fuente, el escritorio, la silla vacía.

Dejo de circular en el mismo sitio.

Equilibra el peso con más peso. Duda «esta piedra o esta otra». Avanza y recoge, se agacha. Las

pone de una en una en sus bolsillos, no sin sopesarlas antes. Las asegura que no salgan. Camina pesadamente. Sombras tras ella deforman la figura que se desvanece en el impulso de no detenerse, se cansa, cruza un puente, se le ocurre descargar el sobrepeso, un poco de humor no hace daño, mete la mano y va sacando piedra por piedra, tira cerca y lejos, escucha, plop, plop, plop hasta vaciar los bolsillos, mira atrás, esta la granja, adelante el río abajo, el pescador rema, la canoa se confunde con el paisaje, siente en sus pies el terraplén que los separa, toca el espacio con la mirada, divisa la colina, la iglesia, la ventisca toca su rostro sin expresión, hace un esfuerzo increíble, se siente tan vaciada, no obstante, se imagina dejarse caer pesadamente, hace un gesto como diciendo, es muy difícil desde aquí. Camina un poco más, falta poco, se dice, quizás desprenderse de su vida: indescifrable dolor de cabeza llena de voces.

Un día perfecto ni tan frío ni tan caliente. Las horas lo fueron cambiando.

Imprecisa descripción la palabra sin asidero. El ritmo cardíaco, el pulso, los latidos más fuertes más débiles. Indefinibles. Establezco una cuerda sin recuerda. Concuero sin cuerda. ¿Quién rompe sogas? «¿No está sobrio?». No coincide. Acuér-dame. Dame cabuya. Brinca la cuerda. Salta no más. «Yo te sostengo. Yo no te sostengo. Lo tengo». Cabo o no. Acaba. Recuérdame.

La muerte no es un quehacer doméstico, es un arte poética si no está cargado de pólvora devastadora de ciudades y vidas enteras atrapadas en la masacre del acontecimiento del significado humano quién afronta y carga la realidad es un número sometido al capital del descuento.

Devastación, hambruna. Descargan. Cargan. Descanso. Canso.

Desparramado los libros en el piso. Una luz tenue deja deletrear los títulos, Orlando, El faro, Un cuarto propio, Diario íntimo, Señora Dalloway, las olas. Están amontonados otros que resulta difícil identificarlos. Está sentada en su sillón, demacrada, ojerosa, sin peinarse, con una taza de café fría casi a la mitad, a un lado un cenicero repleto de ceniza. Mira perpleja su vida desmantelada y empapelada.

Eso acaso son los logros de sus cincuenta y siete años, es su trabajo, lo que quiso. Los manuscritos, cartas, diarios están en una repisa, y Entreactos en borrador, listo, ya pasó la crucifixión de sintaxis, está encima de su escritorio.

Listo. Saca de su bolsillo un cigarrillo y el encendedor. Se lo pone en la boca, acerca la llama, aspira, echa el humo, va fumada tras fumada, se hace una cortina de niebla en su rostro, se ve la bracita redonda, sopla para despejar, no se mueve, su mano huesuda y sus dos dedos largos hacen un movimiento para no quemarse, la pitada la da como un ultimátum. Tira la colilla y la pisa.

Abismo del conocimiento desata el cerebro. Impecable vacío, peco de pensamiento en palabra y obra, te acuso padre, dónde estabas, por qué me abandonaste. «Inocencia inquieta quién te tapa la boca». Pobre soledad dentro del teatro de la infancia. Inocentemente no es. No te hagas la ingenua. «¡Que no! Todo es confuso». Juguemos en el bosque que no nos comerán, ¿Qué está haciendo el lobo? La voz me persigue, me dice «no seas melodramática». Intolerable par. Impar acusado. Culpable. Inocente. Culpable. Inocente. No se retracta. Sin arrepentimiento. Condenado. Se defiende. Quiere comprarme lo que quiera, se convierte en príncipe, me lleva a las fiestas, me viste de joyas, me presenta como su novia. Se pone celoso cuando bailo con otro. Me atemoriza, gruñe, rabia, me acusa de traicionarlo. Desilusión total. ¿Qué es la vida?

Cuenta sin darse cuenta con una voz como que no fuera suya. A veces la agrede y la deja sin nada a cambio. Se siente atacada, desalojada, aparece una rabia que se expande y no hay nada qué hacer. Toda su mente incorregible la mancha como un tintero destapado cayendo en sus sesos y manuscritos. Sin nada que salvar. Quiere dominar sus ansias, mastica, muelea, cuenta las mordeduras, lentamente se aburre hasta la inapetencia, parece una anoréxica del placer. El dolor la castiga por no disfrutar. Las muelas se vengán, se desprenden dócilmente ante el tiempo acortado en la humedad de las horas agrietadas en piel y huesos. Nada de indignación ante la vergüenza desdentada que paulatinamente se va haciendo notoria, poco a poco la sonrisa des-

aparece como en un nicho destapado.

Encubrimiento descubierto. Sin domeñar. «La sabiduría en nada se diferencia de la ignorancia». ¿La verdad es una palabra muerta en la sangre derramada? Para cada deudo es irreplicable el que se va. Frase común, berreada, nada nuevo ni genial. Insólito. Solito. Solícito. Lícito. Matarse es ilícito. ¿Y el que mata y se enmascara en el uniforme o el escudo?

Sin remordimiento el dolor la recoge, la coge, la objeta, la sujeta horripilantemente. El oficio y la tarea de sobrevivir marean como alma en pena, como hambriento sin bocado y con la boca seca y lengua blanquinosa. Como la peste, la codicia y pensamiento alevoso. La aparente ceguera inidentificable y amenazante.

¿Quién es el que mueve los hilos? La mente trama. Entramado de espacios: ocupan y desocupan. Marea el espanto de la realidad. ¿Quién detiene el acabose? El yo se dobla se desdobla parece los rieles de un tren fuera de lugar. La rayuela del insomnio perdió la ficha del sueño. El tren va a Londres. Sobrevive un mundo adentro y afuera de los diarios. A diario. Diariamente. Diario: día/ río. Día a día. Diametralmente. Mente. Enteramente día por día. Anteriormente. Psique aprisiona la fantasía destructora en la punta del acantilado, tantas tareas para erotizar la vida sin deuda a nadie, toma tiempo no deber. No debo condenarme en la memoria sin respuesta.

Seguramente.

Completamente empapada de hastío y la lucha inútil contra la falla que iba creciendo como fuetee en el dorso del infante. Fallar de una vez por todas. No deberle explicación a nadie. Sin embargo, algo hay que dejarles. Al otro lado, el faro se apaga como alucinación transpirando en la solitaria oscuridad. «¿Cuál casa bombardean ahora?». «Apaguen la radio».

El faro se detiene entre las piernas del mar, la entrega es absoluta. La tiniebla entre el silencio y el movimiento, la mirada vuelve a su punto. La complicidad su luz. El encanto dura hasta el amanecer. El mar no espera.

«El faro era una roca desnuda sobre una roca desolada».

Desembocadura. El agua pareciera que avanza en su movimiento inmóvil en la cintura, la tierra blanda aprieta lo que la toca. Contraguas. Nada que represar. Contraguías. Hoy sucede algo diferente, un ruido sin testigo, la mujer, con su vestido azul, tiene puestas botitas para la nieve para afirmar la pisada en el lodo, no sea que por ese detalle la cosa se complica y no sucede nada, que pase todo es la suma de sus deseos inacabados, está dentro del agua, ya no soporta un combate más, ahora sí para lo que ha venido, tiene tiempo para soltarse el cabello, se parece como nunca a la eternidad.

Avanza sin prisa a contracorriente, se le iluminan los ojos, no quiere fracasar esta vez, quiere salir invicta, descubre una hermosa piedra, un poco grande, la coge con sus dos manos, es tan parecida a su cabeza, hasta pareciera que tiene mentón y barbilla, solo le faltan los rasgos, no se siente huérfana en ese instante, la coge firme y delicadamente, no quiere que se le resbale, ni ella tambalearse, abre un poco las piernas para asegurarse la parada, la mete en el bolsillo grande del abrigo grueso que esta vez se ha puesto. «Eso, perfecto», pareciera indicar su gesto, el agua está helada, la siente en sus piernas, su cuerpo está caliente aún, siente el peso del río que la empuja, aprovecha para adentrarse al fondo, está sin piso, la dobllega todo, cómo decir, cae al abismo de su letra ilegible como los rastros del agua que la absorben, el rato menos pensado, «calculado» su cuerpo desbalanceado como ancla en riesgo de perderse, la corriente está fuerte, parece una carnada de las aguas, la empuja y empuja, ella se hunde de lado, se atora con el agua, algunos movimientos bruscos, da manotazos, desaparece y aparece, como que flota, nada, parece un pájaro moribundo, es arrastrada como una canoa sin remero, apenas se ve la mitad de su cuerpo, el agua la tapa, vuelve a salir, ni un grito, ni una voz, su frágil figura se enreda con todo lo que el río atrapa.

La piedra y Virginia: una y ella. Se adentra pesadamente, el peso la somete, la jalona, la atrae, la empuja, la apresa. La estanca como su mente pesada de voces. Pesadamente sin defensa esta vez el yo del tú. Choca su cuerpo sin nada de dolor. Todo es cuestión de tiempo. Yace varada entre los pilares,

una corona de algas y lechuguinos rodean su cuerpo inerte. El paso del puente la oculta.

La noche espesa al silencio. El río sigue su curso.

En el recuadre de un momento continuo hay dos niñas, la más pequeña con una diminuta silvestre flor amarilla desenterrada en el cabello manosea el agua y a ratos hace plap plap, su acompañante, una chiquilla un poquitín agrandada, dibuja con el dedo el movimiento que observa, luego rompe la repetición, coge piedrecillas, las mete en los bolsillos de su vestido rojo, quiere asustar a los gansos, piensa, yaaaa, mete los dedos, saca como ocultando, levanta el brazo, mueve la mano, hace una curva, se impulsa, la piedra cae, hace plop. Se ríe, las aves salen volando.

Emocionada la testigo, le pide una, se la da, las dos se miran, se acercan, se tocan nariz con nariz, hasta que sus labios se rozan, no se impresionan, se cogen las mejillas, ambas señalan el cielo, todas cómplices evaporan la pureza sin escrúpulos, otra vez el ganso entrando al río, con dos piedras en sus manos, y un decir, a la una a las dos y a las tres, las piedras se pierden en un plap, plap. Se echan felices en el suelo, se ponen boca abajo, más cerca de la orilla, extienden sus brazos hasta tocar el agua fría, se echan unas gotas, se hacen señales a dúo con movimientos en espejo. Solo se escucha, plop plap, plop plap.

Luego, un profundo silencio, ambas respiran sin tiempo. Miran el firmamento casi inmaculado.

Una voz le dice a la otra ¿me quieres como yo te quiero?

7 junio de 2023